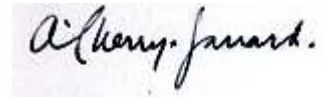


Cherry-Garrard

"La exploración polar es la forma más cruel y solitaria de pasarlo mal que se ha concebido"



Apsley George Benet Cherry-Garrard nació en 1886 en Befford, Inglaterra, y murió en 1959.

Era de familia acomodada. Su padre fue un famoso militar, el General Apsley Cherry, y nuestro protagonista, desde la infancia, quedó fascinado por las aventuras que contaba su padre y soñaba con poder emular sus hazañas. Difícil lo tenía el joven Cherry, pues ya desde niño arrastraba una importante miopía.

En 1907, y por casualidad, un hecho cambiaría su vida. Cherry fue a visitar a un primo suyo, Reginald Smith, y a su llegada se sorprendió al ver que no era el único visitante. El doctor Wilson, amigo de Smith, se había citado con Scott en la misma casa para hablar sobre la expedición antártica que proyectaban realizar. Cherry no podía creerlo; estaba

allí, compartiendo mesa con el doctor Wilson y, nada menos, que con el mismo Scott.

Se ofreció voluntario para participar en la aventura, pero Scott, ante su aspecto debilucho y su miopía evidente, lo rechazó.

Cherry fue más allá: conocedor de la necesidad imperiosa que tenía Scott de recabar fondos, ofreció una fabulosa suma para entonces, 1000 libras esterlinas, si Scott lo aceptaba en el *Terra Nova*. Pero Scott no cedió.

A pesar de su decepción, el joven Cherry decidió mantener la generosa aportación económica que había ofrecido.

Ahí pudo terminar todo, pero no fue así. Más tarde, el doctor Wilson, amigo de la familia, y por tanto conocedor de la valía y empuje de Cherry, presionó a Scott. Y Scott no podía negarle nada a su mano derecha y mejor amigo.

Así, Cherry-Garrard fue alistado, como ayudante en biología, y participó en la trágica expedición del *Terra Nova*, entre 1910 y 1913. No se arrepintió Scott de su decisión.

En efecto, ya desde el principio, Cherry-Garrard se descubrió como un trabajador infatigable y una persona muy hábil para cualquier tipo de actividad, científica o no, que se le encomendase.

Es sabido que la expedición de Scott no sólo pretendía llegar al Polo Sur. Los objetivos científicos que se querían alcanzar eran también ambiciosos y numerosos. Entre ellos, había un reto casi tan formidable como la misma conquista del polo. Se trataba de conseguir unos huevos de pingüino emperador.



En la anterior expedición de Scott se había localizado una pingüinera de estas aves en Cabo Crozier, uno de los lugares más ventosos de la Tierra. El interés por conseguir esos huevos venía de la equivocada opinión que entonces se tenía al pensar que el pingüino emperador era de las aves más antiguas que existían. Se creía entonces que el estudio de esos huevos en estado embrionario aportaría unos datos inestimables para el estudio de la evolución.

La dificultad del objetivo era doble; a la ubicación de la pingüinera en el inhóspito Cabo Crozier, había que sumar algo peor: para conseguir los huevos en el estado embrionario deseado, no quedaba más remedio que realizar el viaje en pleno invierno austral.

Los elegidos para el reto fueron Henry Bowers, el doctor Wilson y el propio Cherry-Garrard. Los intrépidos expedicionarios se pusieron en marcha en julio de 1911. Dos de ellos, Bowers y Wilson, también acompañarían más adelante, en el verano, a Scott al Polo Sur, y fallecerían con él.

El viaje de invierno tuvo éxito. Lograron regresar con tres huevos de pingüino, pero las condiciones que tuvieron que superar fueron inimaginables. En medio de una interminable noche polar se pusieron en marcha. La temperatura máxima que tuvieron en el viaje fue de 30° bajo cero, y fue común tener que soportar temperaturas inferiores a -50 ° C. Eso además de las fortísimas ventiscas que hubo que superar.

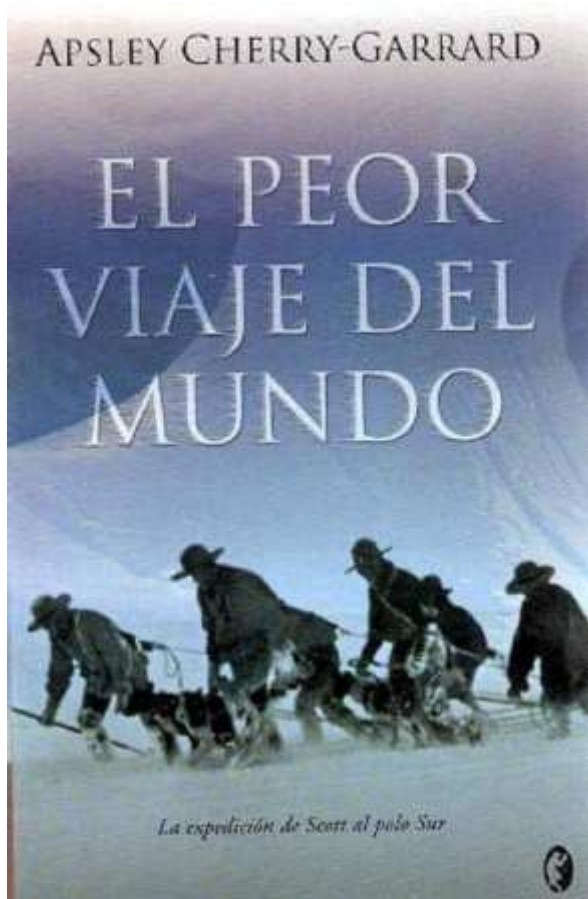
Cuando llegaron a la pingüinera, improvisaron un pequeño refugio con piedras montando la tienda en las proximidades. La ventisca fue tal que, a pesar de la experiencia que ya tenían asegurando la tienda, ésta fue arrastrada por la fuerza del viento. Tuvieron que pasar la noche en el improvisado refugio, con la nieve sepultándolos en los sacos de dormir. Cuando la ventisca remitió un poco, recogieron los huevos y emprendieron el regreso. No creyeron poder sobrevivir sin la tienda, pero con gran alegría vieron unas rocas cercanas en las que la tienda había quedado milagrosamente aprisionada. Gracias a haberla recuperado pudieron regresar al campamento base, pasando muchas penalidades.

Cuando llegó el verano, Cherry formó parte de los equipos que preparaban los depósitos de suministros para apoyo de los hombres que intentarían la conquista del polo. Hasta que Scott tuvo que abordar el último tramo, no designó a los que le acompañarían. Es seguro que el nombre de Cherry fue uno de los que barajaba.

Pero no fue de los elegidos, y Cherry se libró de la muerte que acechaba a sus cinco compañeros.

Cherry participó después en la expedición que, con pocas esperanzas, marchó al rescate de Scott. Él estuvo allí, cuando en noviembre de 1912, encontraron a Scott, Wilson y Bowers dormidos para siempre en la tienda que les sirvió de mortaja, a unos escasos 18 Km. del depósito de suministros que hubiera supuesto su salvación.

Los cuerpos de Evans y Oates no se encontraron jamás. Él cantó con los demás el himno favorito de Scott, "Adelante soldados cristianos", y, cuando se decidió perpetuar la memoria de los cinco héroes con una cruz situada en la llamada Colina de Observaciones, en la isla de Ross, entre las muchas citas que se barajaron para inscribir en el sencillo monumento, triunfó la propuesta de Cherry: "Luchar, buscar, encontrar y no rendirse jamás", último verso de la obra "Ulysses" del poeta inglés Tennyson.



Cuando regresó a Inglaterra, Cherry vivió atormentado por un injustificado sentimiento de culpabilidad. Le acompañaba la sensación de que quizás podría haber hecho algo más por sus amigos. Bernard Shaw, vecino y gran amigo suyo, le convenció para que contara sus experiencias en un libro.

Así nació "El peor viaje del mundo" y parece ser que escribirlo proporcionó a Cherry el alivio que no encontraba.

Con razón se ha definido "El peor viaje del mundo" como el mejor libro de viajes jamás escrito.

Ya la primera frase, la misma que encabeza esta reseña, es demoledora. Pero, en contra de lo que podría imaginarse, el título del libro no se refiere al viaje de Scott, sino al que el autor realizó, junto con Bowers y Wilson, en búsqueda de los huevos de pingüino emperador.

La dureza del relato de ambos viajes, el de invierno y el de Scott, sobrecoge.



Casi se llega a sentir el sufrimiento que tuvieron que soportar esos hombres. Pero con todo, quizás la parte más dura del relato sea cuando, en un paréntesis de la aventura, Cherry da un salto al futuro, y nos cuenta el momento en que él en persona va a entregar los huevos de pingüino emperador al Natural History Museum de Londres. Allí, el conser-

vador jefe del museo, le recibe de malos modos y llega a despreciar los huevos que tanto esfuerzo ha costado conseguir. Incluso se niega a firmar un recibo por la entrega.

Como tantas veces en la historia, nadie sabe ya el nombre del funcionario, mientras que los de Cherry, Bowers y Wilson se recordarán para siempre.

Hoy día, esos huevos de pingüino emperador, a pesar de su nulo valor para el estudio de la evolución, son uno de los mayores tesoros del Natural History Museum de Londres.

A.G.M.